

odioso. ¡Cuánto hubiera deseado borrar mi falta, para ser digna de la ternura de mi bienhechor! Pero bien ví en la reserva del señor Brundel que tenía que hacer mucho para merecerla, y me contuve para que no sospechase nada.

Me puso en un colegio de París, en cuya población pasó el invierno. Allí estaba muy bien tratada, y hubiese podido ser dichosa, si no hubiera estado tan atrasada en comparación de las jóvenes de mi edad. El señor Brundel, que iba á verme cada quince días, comprendió mi humillación y la vergüenza que pasaría al verme en la sección de las niñas de diez y doce años. Se informó y decidió que tomase mis lecciones aparte en la habitación de la directora.

Al principio hice cuanto pude; pero estaba escrito que no me instruiría. No tenía costumbre de estudiar, y no podía fijarme en nada.

No salíamos, y el barrio en que estaba situado el colegio era entonces un desierto rodeado de jardines y de solares. Mi pensamiento se dirigía sin cesar hacia el señor Brundel, á quien hubiese querido ver á todas horas, y á quien sin embargo veía muy poco, y siempre en presencia de las maestras.

Me sentí atacada de un profundo fastidio y de un secreto desaliento. En el convento de España

estaba más libre y más alegre. Allí se bailaba el bolero á escondidas, se hablaba de amor y se cantaban romanzas en voz baja, no observando ninguna regularidad en las costumbres.

En París era otra cosa. No sé si las jóvenes hablaban de los placeres del mundo, porque vivía casi sola en la sociedad de las profesoras, que no eran nada alegres y que me hacían el efecto de mogigatas muy descontentas de su suerte.

Mis profesores no eran ni jóvenes ni hermosos, salvo el de música, que sin ser guapo era entusiasta y algo loco. Se enamoró de mí perdidamente y me lo dijo. Yo me sentí confundida, y el miedo se apoderó de mi pobre cabeza. Obtuve permiso para hablar un día á solas con el señor Brundel, y le supliqué que me hiciera cambiar de colegio ó me llevase á viajar con él. Me regañó dulcemente y me interrogó hasta que se lo confesé todo.

—Me siento en peligro—le dije.—No sé qué encanto me atrae hacia ese músico. Me he jurado ser formal y fuerte, pero veo que no lo he conseguido y que no puedo permanecer tranquila en cuanto me hablan de amor.

—Sí, bien lo veo—respondió el señor Brundel—la necesidad de amar os consume. Sois una naturaleza apasionada. ¿Queréis que os case? Me

informaré, y si ese hombre que os agrada es honrado.....

—No—exclamé—no me agrada, no le amo, no quiero casarme con él; amo á otro.

—¿A quién? ¿todavía al oficial?

—No, á otro que no lo sabrá nunca y á quien amaré toda mi vida.

—Muy bien—exclamó sir Ricardo, que más penetrante de lo que yo había creído me había adivinado;—pero ¿qué garantías de fidelidad darías á ese otro? ¿No os conmoviera el primero que llegase á hablaros de amor? Niña, tenéis demasiada ternura al servicio de la ocasión, y os aconsejo que no juréis amor á nadie, porque no podréis cumplir vuestra palabra.

Merecía sus reproches; pero su severidad no era á propósito para animarme en mis confesiones. Se separó de mí diciendo que yo sola debía librarme de la influencia del maestro de música, y que si llegaba á conseguirlo sin ayuda de nadie, lo tomaría en cuenta.

Lloré mucho, pero algo me consolaba. Me parecía que había más despecho celoso que severidad verdadera en las palabras de sir Ricardo. ¡Tal vez me amaba! pero si era así, ¿por qué me lo ocultaba? ¡Sin duda me amaba seriamente y pen-

saba casarse conmigo, puesto que me quería fuerte y fiel!

Tuve valor. Me negué á recibir las lecciones del profesor de música y le devolví sus billetes sin leerlos. Esto agradó mucho al señor Brundel, quien sin embargo se fué á Inglaterra y me dejó en París sin que, al parecer, sintiera separarse de mí.

Me resigné; pero el aburrimiento de la inacción, junto á mis vanos esfuerzos para aprovechar las lecciones, alteraron mi débil salud. Cuando sir Ricardo fué á verme el invierno siguiente, me encontró enferma con una anemia tan pronunciada, que se inquietó y resolvió hacerme viajar un poco con él y su médico. Me llevó á Italia, donde me restablecí con una prontitud asombrosa. Entonces volví á hablar de ponerme otra vez en un colegio de Milán ó de Florencia. Le oí con mucha sumisión; pero volví á caer mala, y un día mientras yo dormitaba oí que su médico le decía:

—No os desembarazaréis fácilmente de este precioso fardo. Si la abandonáis, morirá.

—¿La amáis?—dijo el señor Brundel bruscamente.

—La amaría de muy buena gana—respondió el otro con mucha tranquilidad;—pero procuraré defenderme de este amor como de la peste.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre honrado y conozco vuestras intenciones. Queréis que el que la ame se case con ella, y comprendo la lealtad de vuestra adopción; pero yo no me casaré nunca más que con una mujer muy tímida, muy fría ó muy fea, pues tengo poco tiempo y aun menos gana de vigilar un *tesoro*.

Fingí no entender nada; pero esta severa lección me quedó muy impresa. El señor Brundel era tan dulce y tan bueno, que no me había dejado conocer qué carga tan pesada debía yo serle, y cuán poco merecedora era del serio amor que á veces me lisonjeaba haberle inspirado. El desprecio de aquel médico que me había tratado siempre como á una niña estúpida, me hizo examinarme y proponerme formalmente llegar á ser una persona razonable. Ví ó creí ver que sir Ricardo no me amaba, puesto que proponía á su médico que se casara conmigo. Sin duda deseaba desembarazarse de mí, y esclavo del deber que se había trazado, quería casarme honradamente y jamás me propondría que fuese su querida. Era pues necesario, para tranquilizar su conciencia, hacerme digna de ser su mujer. A fuerza de méritos quizá llegase á inspirarle amor. Oculté mi pesar

y pedí que me pusieran en un colegio en cualquier parte.

El señor Brundel se decidió por Venecia y me llevó allí. Yo fingía estar sumisa y alegre, pero mi debilidad y palidez me desmentían. Sir Ricardo me llevó en una góndola hasta la puerta del monasterio, observándome mucho, pero pareciendo completamente decidido á separarse de mí.

Sostuve aquella prueba sin saber que lo era, y cuando ya iba á saltar al muelle mi protector me detuvo.

—Basta—me dijo— habéis mostrado más valor y resignación que esperaba de vos. Veo que vais adquiriendo fuerza de voluntad y que vuestro carácter comienza á merecer estimación. Permaneceremos en Venecia, pero aun no me separaré de vos.

Me arrojé á sus pies y besé sus manos loca de gozo. Sir Ricardo parecía muy conmovido; pero al cabo de un momento de turbación me rechazó suavemente y dijo:

—Es necesario reprimir estas expansiones, que serían tomadas en mal sentido si no nos ocultase la cortina negra de esta góndola.

—Pero, puesto que nadie nos ve—respondí— ¿no debo demostraros mi alegría y adoraros por todo lo que habéis hecho por mí?

—No—respondió sir Ricardo—no debéis adorarme, puesto que yo no puedo devolveros un sentimiento tan exaltado, y en cambio debéis acostumbraros á las conveniencias del pudor. Bien veo que en el fondo de todo esto hay más inocencia que nada; pero si me fiase demasiado en vuestras buenas intenciones y en las mías, podría olvidar la reserva que me he impuesto y vuestra sería la culpa. Aprended á guardaros de los peligros con que parecéis jugar y á combatir hasta contra mí mismo si perdiese la cabeza, porque me despreciaría y os dejaría al momento.

Todo aquello era muy severo; pero traté de no ver más que la intención de educarme á su gusto y me esforcé en adelantarme á su deseo. Puse una pantalla ante mis ojos y una coraza sobre mi corazón y fui tímida y reservada como él me quería, tomando la actitud de una hija sumisa y cariñosa.

Vi que mi ignorancia le hacía sonreír y reír algunas veces, y traté de instruirme aprendiendo el inglés, historia y geografía.

Habitábamos un antiguo y gran palacio, donde, como en todas partes, tenía yo mis habitaciones separadas y alejadas de las suyas. No salía más que con él y su médico ó con la doncella que ha-

bía puesto á mi servicio, que es la misma que tengo ahora. La había escogido española para no olvidar mi idioma. Cuando sir Ricardo venía á mis habitaciones á pasar un rato á mi lado, quería que aquella mujer estuviese siempre delante. Viendo esta resolución, nunca traté de estar sola con él, lo cual pareció agradarle mucho.

Tuve libros, profesores, piano, un perro y pájaros para distraerme. Nada faltaba para instruirme y alegrarme; pero tengo la cabeza dura y ninguna memoria. Aprendí poco y mal, y en las cosas que he retenido hay algunas que no comprendo. Yo era más bien artista. Tengo una voz bonita y me vuelvo loca por el baile. Dolores me enseñó á bailar los bailes españoles en que ella es maestra; pero en la ciencia musical no adelanté mucho, pues aunque canto agradablemente, no soy música.

El señor Brundel vió que yo no tenía la culpa de adelantar tan poco, y no me hizo por ello el más ligero reproche.

Nuestras relaciones no cambiaron, y yo entretanto me acostumbraba á tener valor y paciencia. Un día supe por los criados á quienes Dolores hacía hablar, que Ricardo tenía una intriga amorosa con una célebre cantante. Sentí una pena horrible y resolví suicidarme. Tomé un veneno que no me

mató, pero que me hizo tanto daño que aun me resentido de los estragos que en mí causó. Hice jurar á Dolores, que lo descubrió, que no me haría traición, pero el médico vió muy pronto la causa del mal y la obligó á confesarla. De este modo se enteró sir Ricardo de la pasión que me inspiraba, que aun cuando sin duda había ya adivinado, no creía tan violenta.

Cuando estuve en estado de oírle, me dijo en español, pues sabe muy bien todas las lenguas:

—Manolita, queríais que os amara y lo habéis conseguido. Os amo tiernamente. Sois dulce, buena, sincera y dócil; mi amor ha sido hasta aquí el de un padre, á pesar de que vuestro cariño ha tendido á hacerme faltar á mis deberes. En mi juventud, que ha sido muy agitada, me impuse por orgullo y por una repugnancia invencible, la ley de no pagar jamás el amor. Esto no quiere decir que yo haya sido indiferente á los atractivos de las mujeres que especulaban con ellos; pero jamás he tratado de comprarlas. Ellas lo sabían, y me han concedido sus favores únicamente porque les agradaba. Con vos la situación es excepcional. He comprado el derecho de ser vuestro padre, y si llegase á ser vuestro amante, cometería un perjurio y una cobardía de que soy incapaz, y ya os lo he

dicho, si me abandonase al delirio de una pasión irreflexiva, me creería igual á Antonio Pérez, que os ha entregado á mí sin condiciones de ninguna clase. Es pues necesario que sea vuestro padre en toda la santidad del nombre, ó vuestro marido. ¿Y habéis pensado en esto? Tengo triple edad que vos, y estoy amenazado de una enfermedad del pecho que es incurable; además, no debo casarme hasta después de la muerte de mi hermana mayor, que puede sobrevivirme. Compromisos de familia en los que juega mi honor me hacen imposible eludir esta obligación. Reflexionad que puedo prometeros el matrimonio y al mismo tiempo no cumplir mi promesa. No quiero ser, no seré vuestro amante. Renunciad, pues, á un sueño de niña, y haced un esfuerzo supremo para amar á otro y olvidarme.

—¡Jamás!—exclamé.—Os respeto, os adoro, no quiero ser ni vuestra mujer ni vuestra amante. Venceré este amor que os inquieta y os estorba. Seré vuestra hija ciegameamente sumisa, y me consideraré dichosa. Me avergüenzo de mi exaltación y os juro estar tranquila y resignada, aunque tuvierais diez queridas ante mis ojos, y hasta si queréis casaros con otra.

—Nunca—respondió.—Os juro desde ahora que

si alguna vez estoy en situación de casarme, no será con nadie más que con vos; ¿pero váis á sacrificar vuestra juventud á semejante eventualidad? ¿Váis á consumirla en la soledad en que estoy forzado á dejaros vivir? Mirad, tengo cerca de mí un hombre honrado y joven, instruido y de una figura regular, Bretón, mi médico. Al principio no os quería; pero ahora os juzga mejor y os aprecia. Si en un tiempo dado, habiendo renunciado á mí por completo, sentís alguna inclinación hacia él, no me lo ocultéis, porque me consideraré dichoso.....

—¡No, no!—exclamé;—me desagradan; todos los hombres me desagradan. Consideradme como vuestra hija y tratadme tan severa, tan fríamente como queráis; seré feliz y os bendeciré al ver que no me alejáis demasiado de vos.

Cedió, reservándose su libertad; pero pronto supe que no usaba de ella. Había dejado partir á la cantante, á la que no le unía ninguna afección seria y vivía muy retirado, preocupándose de su salud que no era buena entonces, y entregándose á un trabajo sobre la historia de Venecia. Poco á poco me permitió cenar con él y pasar á su lado cerca de dos horas con el médico ó con algunos amigos íntimos, á los que me presentó como su hija adoptiva. Todos eran personas de edad. El médico no

me dijo nunca una sola palabra para indicarme que me amaba. Sir Ricardo no se preocupaba ya con la idea de casarme. Insensiblemente me pareció que se unía á mí y que mi sociedad le era necesaria á ciertas horas. Fué á mi habitación y Dolores se olvidó varias veces de estar presente. Sir Ricardo no se apercibió de ello ó no quiso apercibirse, y una dulce intimidad se estableció por fin entre nosotros. Ya no temía estar solo conmigo: le había aprisionado con mi casta confianza. Al año siguiente me llevó á Inglaterra, donde hizo la vida del gran mundo, y me puso una casita en un barrio lejano adonde estaba su hotel. Todos los días iba allí á pasar dos horas conmigo. No estaba celoso, y sin embargo, me hacía vigilar por John, su ayuda de cámara, que había puesto á mi servicio.

De este modo pudo asegurarse de la austeridad de mi vida y de la inocencia de mis ocupaciones. Varias veces se creyó en el deber de decirme que no había ninguna apariencia de que pudiésemos casarnos; que su hermana tenía mejor salud que él; que me devolvía mi libertad, y que si quería usar de ella no tenía más que una palabra que decir y dejaría de venir á verme. Mi dote estaba siempre dispuesta, pues sir Ricardo la había ase-

gurado para cualquier eventualidad. Le respondí como siempre que no quería dote ni marido, ni libertad, que no me ocupaba del porvenir, y que sería dichosa con tal que le viese todos los días aunque no fuese más que un instante.

Mi desinterés y mi cariño le enternecieron. Besaba mis manos á menudo, y mi frente algunas veces, llamándome su querida hija. Nunca, os lo juro delante de Dios, ha habido entre nosotros más que eso. Ricardo tenía aún asuntos del corazón en su patria; yo lo sabía, pero dominaba mi inquietud y mis celos al ver que no perdía mi puesto en sus afecciones.

Pero permitidme que descanse para acabar más pronto. Á pesar mío he entrado en detalles que no hubiera querido; vuestra fisonomía, siempre burlona, me ha obligado á ello. Hagamos una pausa, y decidme ahora lo que pensáis de mí. ¡Parece que no me creéis sincera!

Me encontraba tan turbado, sin poder decir por qué, que vacilé en responder; por fin dije:

—Si sois sincera, yo también quiero serlo. Os estudio fríaente (mentía, pero creía decir la verdad). Vuestra historia me extraña mucho, porque es inverosímil. Sin embargo, puede ser posible, dadas la edad, la enfermedad y ante todo el cora-

zón de oro de sir Ricardo. Si mi fisonomía os ha parecido burlona en algunos momentos, es porque, francamente, no comprendo que hagáis tales confianzas á un hombre que apenas conocéis.

—¡Cómo, que apenas conozco!—exclamó.—Vivimos bajo el mismo techo; sir Ricardo me habla de vos á todas horas como de su mejor amigo, ¿y no he de procurar merecer vuestra estimación, cuando es posible que pasemos diez años, toda la vida juntos? Sé que como vos no dejéis á sir Ricardo, él no se separará de vos y hará todo cuanto le sea posible para conservaros á su lado. Es preciso pues que seáis mi enemigo ó mi amigo, y como no sabéis nada de mí, he tenido que hacerme conocer con mis desgracias, mis defectos y mis buenas cualidades, si tengo alguna.

Obligado á responder, dije:

—Hasta aquí no he tenido lugar de seros hostil, sino al contrario. Tened la bondad de continuar, y resumiré mis observaciones si tengo alguna que hacer.

Manuela Pérez continuó:

—En la primavera de aquel año íbamos á seguir viajando, cuando sir Ricardo cayó gravemente enfermo de una fluxión al pecho. Me había prohibido tan terminantemente que fuese á su casa, que

no me atreví á desobedecerle. Pasé los días en la calle á la puerta del hotel, para que el médico pudiese darme noticias suyas á cada instante. Un día aquel joven, que era muy bueno, compadecido de mí, me hizo entrar.

—Está muy mal—me dijo—y no quiero que muera sin bendeciros. Si le vuelve el conocimiento, estoy seguro de que os llamará. Venid, pues, á su lado.

Pronto tomé la cofia y el delantal de Dolores y entré con el Sr. Bretón como una enfermera llevada por él. Estas precauciones no eran inútiles, porque la hermana de sir Ricardo, esa anciana interesada y cruel, estaba en la habitación del enfermo.

El médico estaba convencido de que sólo la llevaban allí miras interesadas y de que su presencia hacía sufrir al pobre Ricardo. Logró persuadirla de que se retirase, haciéndola entender que aun tenía esperanza. La hermana de sir Ricardo había escogido una enfermera que la era adicta y que de todo cuidaba, menos del enfermo. El Sr. Bretón, con su autoridad de médico, la despidió y me puso en su lugar.

Cuidé á mi querido protector con pasión. No dormí un instante durante quince días y quince noches. Siempre estaba atenta á su respiración,

con el corazón oprimido ó lleno de esperanza, según el suyo parecía reanimarse ó morir.

Al cabo de algunos días en que fué mejorando notablemente, abrió los ojos y me reconoció, dando muestras de lo agradable que le era mi presencia, y siendo sus primeras palabras para bendecirme y para darme las gracias.

Apenas convaleciente, quiso dejar á Londres y volver á Italia. Desde aquella enfermedad me hice verdaderamente necesaria á mi amigo, que ya no volvió á hablarme de casarme con otro, y me renovó á menudo una promesa que yo no exigía: la de casarnos en cuanto fuera libre. Nuestra intimidad no pudo permanecer escondida, y como las gentes juzgan por las apariencias, pasé por la querida del Sr. Brundel. Me resigné, pues lo aceptaba todo por su amor; pero él no pudo sufrir que fuese calumniada y despreciada por mi abnegación, y dijo que nos habíamos casado. Sus amigos no creyeron la noticia, pues su hermana sabía la verdad y dijo en todas partes que yo era un capricho sin consecuencias; pero al menos, en la vida errante que llevábamos y entre las personas que nos rodeaban, no tuve el sentimiento de ser mirada con desprecio. Si en los hoteles en que nos hospedábamos, los amigos que sir Ricardo encuentra y



los criados que nos sirven no están completamente persuadidos de nuestro matrimonio, al menos al oírme llamar la señora de Brundel piensan que soy una compañera digna y respetable de él.

Ahora ya sabéis que mi suerte está en vías de decidirse. Sir Ricardo en un tiempo, y por causa que no me ha explicado, tuvo necesidad de una suma considerable que no poseía, pues se había casi arruinado y su padre era un avaro inflexible. Su hermana mayor, que estaba ya casada y era inmensamente rica, le prestó aquella suma con la condición de que no había de casarse, á fin de que la fortuna del padre de ambos pudiese quedar íntegra para sus hijos. El padre ha vivido hasta la edad de noventa años, y Ricardo no le ha heredado hasta hace algunos años. Entonces ha querido pagar la deuda á su hermana y recobrar su libertad; pero se había comprometido sin saber lo que hacía, y el contrato estaba hecho en tales términos, que le obligaba á no casarse jamás, sin que la devolución de la suma pudiera anular esta cláusula. La hermana se ha negado en absoluto á recibir el dinero, á menos que Ricardo hiciese testamento dejando todos sus bienes á sus sobrinos; pero Ricardo no quiso, esperando siempre que su hermana transigiría. Ahora está muriéndose. ¿Sostendrán

sus hijos tan grandes exigencias? Lo ignoro. Ha sido, pues, necesario que Ricardo me dejase ahora para ir á arreglar este asunto. Yo le he suplicado que cediese sus derechos. ¿Qué me importa lo que pueda dejarme? ¿No lo perderé todo al perderle? ¿Acaso me importan algo las riquezas? ¿Sé yo si le sobreviviré? ¡Creo que si él muere, moriré! Todo lo que deseo es ser su compañera legítima y poseer conocer por fin su amor; diré más, conocer el amor que ignoro, pues á los veintitrés años puedo decir que no sé lo que es. ¡No sonriáis, doctor! Estoy pura, sin mérito ninguno, lo confieso, puesto que mi virtud proviene de las circunstancias y no de mi voluntad; pero heme virgen en la edad en que las pasiones se despiertan y el corazón habla seriamente. ¡Seguís sonriendo! Vamos, está decidido; no queréis concederme ninguna estimación; pero al menos habré conseguido que no me despreciéis.

—Ya os he dicho—repliqué—que tal vez tendría que haceros algunas observaciones: ¿me las permitís?

—Ciertamente, las exijo.

—Pues bien; si el señor Brundel es en todo digno de la pasión que os inspira, no estoy tan persuadido como vos de que hayáis hecho todo lo

posible por inspirarle una igual. Es cierto que sois amable, dulce, que merecéis la aprobación por haber vencido en vos instintos que hacían callar la prudencia y el orgullo; pero, puesto que habéis podido hacer este esfuerzo, que es el más difícil de todos, bien podíais haber hecho el de cultivar vuestro espíritu para llegar á ser, no digo la igual del señor Brundel, porque tiene una inteligencia superior, pero sí su verdadera compañera, una amiga bastante instruída para comprenderlo todo y para hablar á todas horas con él. Os he observado poco, pero lo bastante para convencerme de vuestra indolencia y pereza ante cualquier trabajo sostenido. Decís que no tenéis memoria y hasta que carecéis de inteligencia, y lo que es peor, lo decís sin sentimiento y sin rubor, haciendo de ello una broma, un juego, una especie de bravata. Esto es de muy mal gusto, os lo advierto. Parece que decís á la gente: «Mirad, soy ignorante y limitada; pero admiradme á pesar de eso; ¡soy tan hermosa! ¡Amadme! ¡soy tan seductora!» Pues bien; á mi parecer, cuando una mujer se alaba de su inferioridad intelectual para conceder todo el mérito al prestigio de su belleza, se coloca á la misma altura de los animales domésticos, y es como un hermoso pájaro que sólo sirve para colo-

carlo en una jaula. Gusta silbar á su lado, hacerle una caricia al pasar, mirándole saltar con gracia, pero se pasa en seguida á distracciones más serias, y me parece, no os enfadéis, que tales son y tales serán siempre vuestras relaciones de corazón con el señor Brundel: habéis querido unir su existencia á la vuestra, y lo habéis aceptado todo, hasta verdaderos sufrimientos. Soy médico y conozco perfectamente lo que la falta de expansión ha debido costar á una existencia como la vuestra y vos creéis haber hecho bastante para tener derecho á asociaros á la vida de un hombre tan bueno. Pues bien, no; os habéis equivocado, es demasiado poco lo que habéis hecho. Nunca sir Ricardo pasará más de dos horas á vuestro lado, y aun éstas las pasará haciendo un gran sacrificio pues tiene experiencia y no ignora que existen mujeres con las cuales se pueden compartir todas las sensaciones intelectuales y vivir sin descender de sí mismo.

Manuela quedó un momento tristemente pensativa y después dijo:

—¿Creéis que Ricardo ha conocido á esas mujeres?

—Lo supongo, puesto que á menudo os ha dejado por ellas.

—Sí; pero siempre las ha dejado para volver á mí. Mi dulzura y mi belleza, puesto que no me concedéis nada más, le han parecido preferibles á su gran talento. En cuanto á vos, veo que os estimáis en más alto grado que sir Ricardo, puesto que necesitáis por lo menos una musa. Sin eso, por lo visto, para vos no hay amor ni amistad.

—¡Amistad sí!—respondí tendiéndole mi mano con fingida alegría.—Este sentimiento se concede á los inferiores.

La joven se echó á reír, diciendo sin la más leve sombra de resentimiento:

—Sí, eso se le concede á veces á un perro. Ricardo, según vos, me ama como yo á mi cotorra ¡Muchas gracias! ¡Qué salvaje, qué brusco, qué original sois! Sois peor que Bretón, que se contentaba con llamarme tesoro frágil y precioso fardo. ¡Bien veo que nunca tendré partido entre los médicos!

—Tal vez son gentes que ven muy claro y son muy positivas; pero pronto os consolaréis. Un inglés noble y rico es más á propósito para una mujer bonita que quiere vivir en una hamaca de seda en medio de su perfumado *boudoir*; permaneced en vuestro nido de pluma, bello pájaro de los trópicos; pero tengo que trabajar, y os pre-

sento mis respetos como á la futura señora de Brundel, sin daros las gracias por confianzas que no he provocado. ¿Habrá que decir á vuestro futuro esposo que se apresure á iniciaros en ciertos misterios cuya revelación declararéis esperar con impetuosa impaciencia?

—¡Como queráis!—respondió con mal humor.

Creí ver una lágrima en sus ojos, y me apresuré á salir, cerrando detrás de mí la puerta de su *boudoir* con involuntaria brusquedad.

Me sentía muy agitado, pero no quise confesármelo á mí mismo. Traté de trabajar y me fué imposible. Creí que tenía sueño, y no pude cerrar los ojos; pero logré calmarme y hacer, á pesar mío, examen de conciencia. ¿Por qué al encontrar con sorpresa á Manuela en Elena había sentido redoblar mi despecho, mi desconfianza y mi necesidad de ser un pedante crítico con aquella criatura inofensiva? ¿No era aficionado al examen, y el examen trae la indulgencia, la desconfianza de sí y la tolerancia para los demás? Por otra parte, al ver á aquella hija de Antonio Pérez, á quien había creído irremisiblemente perdida y que encontraba ahora rehabilitada hasta el punto de poder ser la esposa del señor Brundel, ¿no debía alegrarme?..... Un hombre de bien había podido hacer

florece la conciencia de un ser todo instinto, arrancado de un centro impuro....; pero yo estaba encolerizado, no creía en su conversión, me burlaba de su necesidad de amor y rebajaba su inteligencia. ¡Sobre todo, estaba indignado al ver el esfuerzo que aquella joven hacía para conquistar mi estimación!

¿Y por qué todo esto? ¿Por qué mi dureza, mis sospechas y mi injusticia? ¿Por qué aquella antipatía y repulsión? ¿Por qué aquella cólera sorda, como si Manuela, al disponer de sí misma, me hubiese arrancado un bien que me pertenecía? ¿Acaso estaba celoso de ella? ¿Acaso la amaba todavía?

Pues bien, sí; preciso es confesarlo. La había amado, la amaba siempre. Era mi ideal largo tiempo acariciado, mi presa secretamente disputada, mi tormento tantas veces maldito, la esperanza y el sufrimiento de mi juventud, y el escollo de mi honor si no lograba escapar al encanto en que, sin saberlo, me había envuelto.

El insomnio aumenta las tentaciones y los peligros. A medida que pasaban las horas de la noche sentía yo crecer mis agitaciones, tomando por fin la resolución de no volver á ver á la futura esposa de sir Ricardo.

## VIII.

Por fin logré dormirme y me desperté más tranquilo. La carta de Juana estaba abierta sobre la mesa. Quise volverla á leer, para encontrar en aquel casto y dulce sentimiento de amistad inalterable la lucidez de mi conciencia. Una frase me había extrañado, y trataba de comprenderla bien. «Te desafío—decía mi hermana—á que quieras á nadie más que á nosotras; tu futura compañera no te dará más que el porvenir, mientras que nosotras somos el pasado, la alegría y el dolor llevados tanto tiempo en común.»

—Es verdad, una profunda verdad—me dije;—y si Manuela me ha conmovido tan vivamente ayer, es porque también ella es mi pasado; pero no es ese de que habla mi hermana; no es la santa ternura, la solícitud, la expansión de todos los días, la confianza tranquila y sagrada; es el insomnio, la curiosidad, el despecho, el disgusto. He pasado por todos estos tormentos, y quisiera volver á pasarlos. ¿Por qué? El porvenir de esta joven pertenece al señor Brundel, y su vida pasada ha sido mi tormento. Ella me ha inoculado la en-